

LA JOYA MILAGROSA
Y OTRAS FÁBULAS



Juan Eugenio Hartzenbusch



MUNICIPALIDAD DE
LIMA

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH

LA JOYA MILAGROSA
Y OTRAS FÁBULAS



MUNICIPALIDAD DE
LIMA

Juan Eugenio Hartzenbusch

Nació el 6 de septiembre de 1806 en Madrid, España. Fue dramaturgo, poeta, traductor, filólogo y crítico literario, considerado entre las figuras más destacadas del drama romántico en España.

Su obra más célebre, basada en un tema legendario, es *Los amantes de Teruel*, publicada en 1837. Diez años después de esta publicación pasó a formar parte de la Real Academia Española y, años más tarde, fue director de la Escuela Normal (1854-1862) y de la Biblioteca Nacional (1862 a 1875). Escribió tres sainetes, las únicas piezas teatrales donde utiliza prosa y no verso, artículos de costumbres, relatos breves, poemas y dramas. Editó y prologó obras de Lope de Vega, Calderón de la Barca, Tirso de Molina y Alarcón, asimismo, tradujo obras de Molière, Voltaire y Alejandro Dumas.

Falleció el 2 de agosto de 1880 en su ciudad natal.

La joya milagrosa y otras fábulas

Juan Eugenio Hartzzenbusch

Christopher Zeceovich Arriaga
Gerente de Educación y Deportes

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Asesor de educación

Doris Renata Teodori de la Puente
Gestora de proyectos educativos

María Celeste del Rocío Asurza Matos
Jefa del programa Lima Lee

Editor del programa Lima Lee: José Miguel Juárez Zevallos
Selección de textos: Jerson Lenny Cervantes Leon
Corrección de estilo: Claudia Daniela Bustamante Bustamante
Diagramación: Ambar Lizbeth Sánchez García
Concepto de portada: Melissa Pérez García

Editado por la Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300, Lima

www.munlima.gob.pe

Lima, 2020

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa Lima Lee, apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos, que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

La pandemia del denominado COVID-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de

interacción social y desarrollo personal; y la cultura de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección Lima Lee, títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa Lima Lee de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima

*LA JOYA MILAGROSA
Y OTRAS FÁBULAS*

El treinta de abril

Náufrago libre de borrasca fiera,
día treinta de abril, pisaba un hombre
la plácida ribera
de una isla verde, cuyo propio nombre
Isla del Nacimiento debiera ser.
Observando solícito el paraje,
y no viendo la tierra cultivada,
preguntó para sí con amargura:
—¿Si no estará poblada?
¿Si aquí la población será salvaje?
De este modo confuso discurría,
cruzando una espesura;
cuando, ¡válgame Dios! ¡Con qué alegría
vio un trillado sendero, donde había
diversas en tamaño y en figura,
huellas de cuatro pies con herradura!
—Ya (exclamó) no hay cuidado:
estoy en un país civilizado:
solo en un pueblo culto se procura
que gasten los cuadrúpedos calzado.
Siguiendo la vereda,

en un camino entró llano y derecho.
—No hay camino sin gente. —Dicho y hecho.
Una gran polvareda
se alza en la extremidad del horizonte;
divísanse entre el polvo diferentes
caballeros con armas relucientes,
plumas, preseas y admirable pompa;
repite el eco del vecino monte
rudo son de timbales y de trompa,
y óyese luego aclamación festiva
de ¡viva el nuevo rey! ¡Viva el rey ¡Viva!
Los jinetes se apearon,
obsequiosos al náufrago rodean,
y antes que diga nada
ni acierte a disponer de su persona,
ponle un manto real y una corona,
que a prevención la comitiva trajo;
súbenle a una carroza engalanada;
y entre clamores mil, con gozo grande,
majestad por arriba y por abajo,
mucho tirar al aire los sombreros,
y dale que le das los timbaleros,
dicen al nuevo príncipe que mande
a su cochero que ande;

y haciendo los caballos una curva,
por donde vino tórnase la turba,
gritando sin cesar: ¡Viva Facundo
milésimo octogésimo segundo!
—Vamos (dijo el monarca improvisado),
sin duda en esta tierra, que ya es mía,
Facundo se le pone,
llámese Andrés o Juan, Luis o Conrado,
a todo hombre de bien que se corone.
Bien antigua será la monarquía
donde, si llevan sin error la cuenta,
los reyes pasan ya de mil y ochenta.
Un paje que le oía
repuso: No es extraño,
porque duran aquí tan solo un año.
Hoy, último de abril, la Providencia
cada año nos envía
un joven para rey: desde tal día,
trescientos, reinará, sesenta y cinco
sobre vasallos, cuyo solo ahínco
darle gusto será con su obediencia.
Pero (estén disgustados o contentos
ellos con él), corridos los trescientos
sesenta y cinco días, ordinario

número que tener el año debe,
no trayendo febrero veintinueve,
su majestad allá de mañanita
recibe la visita
de catorce alguaciles y un notario,
que le dice cortés, pero algo recio:
Llegó San Indalecio;
treinta de abril es hoy, y el calendario
de este dominio reza
que mude la corona de cabeza.
Dejarla es necesario.
Ya vuestra majestad es rey cumplido:
vuestra merced se dé por despedido.
Con lo cual, y sin dimes ni diretes,
cogen a don Facundo los corchetes,
y en una estéril y desierta playa
le dejan que se quede o que se vaya.
—Oyes, oyes, querido,
(replica el soberano principiante)
¿y de qué vive ese hombre en adelante?
—Vive de la carrera que ha emprendido
para poderse manejar mañana,
bien o mal o peor, conforme gana.
Sujetos hay de los que fueron reyes,

que dándose al estudio de las leyes,
celebridad consiguen y dinero:
uno toma el fusil, otro el arado;
este vende licores o pescado,
es otro es eclesiástico eminente,
aquel, diestro pintor: últimamente,
para adquirir el pan el forastero,
le ha de sudar la frente,
pues ni en la clase ilustre ni en la baja
ninguno come aquí si no trabaja.
Cesó el paje de hablar, y el rey contesta:
Eso no me disgusta:
vivir de mi trabajo no me asusta.
Sepa el amigo paje
que por juego una vez tejí una cesta;
con un año cabal de aprendizaje,
cualquiera alcanzaría
destreza regular en cestería.
Desde hoy constantemente
seis horas al oficio me consagro,
hasta que labre un cesto, que en su clase
por un esfuerzo pase
del arte cesteril, por un milagro.
Su majestad salió tan excelente

compositor de mimbres gordo y fino,
que en el concurso de la industria, vino
a conseguir el respectivo premio,
siendo solemnemente declarado
primoroso oficial, honra del gremio.
Al fin de su reinado,
quedándose por única prebenda
su rara habilidad, abrió su tienda,
que nunca se veía
de concurrentes útiles vacías.
Trabajador y gastador juicioso,
riquezas allegó, se hizo famoso,
y sucesivamente fue nombrado
alcalde, diputado,
inspector del marítimo registro,
cuatro veces virrey y al fin ministro;
todo por ser sujeto
que observaba su ley con fe y respeto,
ser íntegro y veraz, de buena pasta,
y único para armar una canasta;
de modo que a porfía
cada insular, al verle, prorrumpía:
No tenemos aquí, ni habrá en el mundo
mejor conciudadano ni cestero,

que el sucesor insigne de Facundo
milésimo octogésimo primero.

LECTORES Y LECTORAS

JÓVENES, que en estudio provechoso

vais a ocupar las fugitivas horas,

mirad en ese náufrago dichoso,

cuya vida tracé con desaliño,

la historia general de todo niño.

Nace: padres, abuelos y parientes

le reciben con júbilo y cariño;

le miman con frecuencia,

sobrado complacientes;

y en fuerza de los lloros exigentes

con que por todo a todos importuna,

reina con veleidosa omnipotencia

desde el movable trono de la cuna.

Pero el tiempo voraz, el que sin duelo

traga vidas, y mármoles y bronces,

pronto deja al muchacho sin abuelo,

y sin padre tal vez y sin herencia,

y es forzoso por sí vivir entonces.

A peligros tan ciertos y fatales,

otro remedio no hay que la enseñanza,

que aprovecha en la edad plácida y verde

las ventajosas prendas naturales,
ilustra corazón y entendimiento,
y un tesoro nos da que no se pierde.
Forma, QUERIDOS JÓVENES, la vida
serie no interrumpida
de gusto y de tormento,
de hórridas tempestades y bonanza;
pero, aunque en medio de vaivenes tales,
fiero tropel de males
amenace violento
doblegar vuestras débiles services,
con virtud y talento
no tienes que temer, serás felices.

La joya milagrosa

Hay, según los navegantes,
allá lejos un país,
cuyos pobres habitantes
andan a todos instantes
con sus bienes en un tris.
Ya un espantoso huracán
hace en la cosecha riza,
ya sepultura le dan
las piedras, lava y ceniza
de un repentino volcán.
Los de ilustre jerarquía
y los míseros gañanes,
todos viven entre afanes,
recelando cada día
terremotos y huracanes.
Para auxilio en tales daños,
entrega el común señor
allí a cada morador,
ya desde sus tiernos años,
una joya de valor.
Y tales prodigios obra

la joya a los niños dada,
que con ella todo sobra,
y sin ella no se cobra,
de lo que se pierde, nada.
Sin embargo, aquella gente
se echa tanto el alma atrás,
que es la cosa más frecuente
perder la joya excelente,
y no recobrarla más.
Causará sin duda espanto
su locura; pero ¡qué!
¿Nada igual aquí se ve?
¿No hacen muchos otro tanto
con la joya de la fe?
Y sus luces, en verdad,
son las que nos guían solas
a puerto de claridad
en la noche y en las olas
de la ruda adversidad.

La rosa y la zarza

Murmuraba impaciente
una rosa naciente
del cautiverio duro que sufría,
porque una zarza espesa la tenía
con sus punzantes vástagos cercada.
—Yo (sin cesar decía),
yo no disfruto aquí ni sé de nada;
sin un rayo de sol, tasado el aire,
desperdicio, de todos ignorada,
y entre espinas incómodas reclusa,
mi fragancia, colores y donaire.
La zarza respondió: Joven ilusa,
tu previsión escasa,
del bien que te hago, sin razón me acusa.
Bajo mis ramas a cubierto vives
del sol canicular que nos abrasa;
el golpe no recibes
del granizo cruel que nos deshoja;
y ese muro de espinas que te enoja,
defiende tu hermosura
de que una mano rústica la coja.

La flor entonces, de despecho roja,
¡Mal haya (replicó) la ruin cordura,
que de riesgos que no hay, tiembla y se apura!
No fue la maldición echada en vano.
A los pocos momentos un villano
llega con la cortante podadera:
la despiadada mano
descarga en el zarzal; hiere, destroza,
y tan completamente me le roza,
que ni un retoño le dejó siquiera.
Poco de la catástrofe se duele,
persuadida la rosa de que gana,
quedándose sin aya que la cele.
Descanse en paz la rígida guardiana.
¡Qué feliz su discípula es ahora!
Bañada en el relente de la aurora,
descoge con orgullo
su tierno y odorífero capullo:
princesa de las flores
la proclaman los pájaros cantores.
Pero el viento la empolva y la molesta,
sol picante la tuesta,
la ensucia el caracol impertinente
con pegajosa baba,

y apenas se la enjuga,
cuando voraz la oruga
su venenoso diente
una vez y otra vez en ella clava.
Se descolora la infeliz, se arruga,
y una ráfaga recia de solano
desparramó sus hojas por el llano.
Es el recogimiento
condición de las jóvenes precisa:
falta en la mocedad conocimiento
del suelo que se pisa.
La niña que imprudente,
sola y sin guía recorrer intente
la senda de la vida peligrosa,
tema la suerte de la rosa indócil.

Los premios de la emperatriz

La emperatriz Sofía
cuatro veces al año repartía
en pública sesión dos medallones,
cada cual de valor de cien doblones,
premio del colegial y colegiala,
que eran en los exámenes juzgados
en grado superior aventajados.
Vestiditos de gala,
y de curiosa multitud cercados,
entraban juntos en la rica sala,
donde, al son de trompetas y atabales,
a veces con la joya recibían
otros diversos dones
de las pródigas manos imperiales;
al paso que en algunas ocasiones
corridos niño y niña se veían
al recibir, delante
de aquel numerosísimas concurso,
dádiva tan chocante,
que la plebe y la corte, sin recurso,
burlábanse con dura pertinacia

de los dos angelitos: verbi gracia.
Benito y Valentina,
chicos de doce abrils,
él docto en la gramática latina,
y hábil ella en labores femeniles,
fueron los dos electos
por la junta de escuelas competente
como pareja igual, sobresaliente,
como alumnos perfectos
de latín y costura. Lindamente.
Pero es el caso que en palacio había
un pajarito azul, que los defectos
de los niños de escuela descubría;
y el pájaro maldito
contó a la Emperatriz... —¡Qué picardía!
Yo, vamos, el pescuezo le torciera.
Contó de Valentina y de Benito
la corta friolera
de que él era un llorón, y ella una fiera.
Ya llegó el día de función prescrito.
La señorita, pues, y el señorito
prepárense de prisa y van despacio
(porque mejor los miren) a palacio.
Su majestad al cuello

les pone, al son del atabal sonoro,
los codiciados medallones de oro;
y después (aquí es ello)
dice a Benito así: Cierta avecilla
que os atisba las faltas y las pilla,
te acusa de delicado y apocado;
por lo cual, que te compren he mandado
ese cumplido chal y esa mantilla:
Póntelos de contado.

Y usted (dijo a la niña) que es persona
débil y de clase fina;
pero que audaz y díscola y gritona,
en vez de Valentina,
merece se la llame Valentona,
sepa que por sus rústicas jugadas,
le va a plantar aquí mi camarera
un par de charreteras encarnadas
y una gorra de pelo granadera.
Pues o renuncian a su ser y nombre,
o han de tener por cualidad primera
dulzura la mujer, valor el hombre.

La verdad sospechosa

Llevaban a enterrar dos granaderos
al soldado andaluz Fermín Trigueros,
embrollón sin igual, que de un balazo
cayó sin menear ni pie ni brazo.

—¡Hola, sepultureros!

(les dijo un oficial), ¿murió ese tuno?

—Murió (contesta, de los dos, el uno).

Aquí Trigueros en su acuerdo torna,
y oyendo la expresión, dice con sorna:

Lo que es por la presente,
me figuro que vivo, mi teniente.

A lo cual replicó su camarada:

No dé usted a Fermín crédito en nada.

Siempre embustero fue: su fin es cierto;
pero aún miente el bribón después de muerto.

Quien falte a la verdad, con eso cuente:
dirá que hay Dios, y le dirán que miente.

Fábula VI

De aquel célebre Juan, por mote Lanas,
hijo fue Pedro, por apodo Enreda,
buscador impertérito de nidos
en tiempo de la veda,
verdugo de lagartos y de ranas,
y apedreado insigne de ventanas.
Estudiaba latín... Miento: asistía
quince días al mes, y no seguidos,
a la clase del dómine García;
pero eso de estudiar... ¡Qué tontería!
Les embelesa tanto los sentidos
a ciertas criaturas
el placer sin igual de hacer diabluras,
que es trabajar en vano
enseñarles latín ni castellano.
Al salir, pues, el estudiante maula
un miércoles del aula,
le fue Juan a esperar: llegó temprano,
y estando enfermo por allí un vecino,
pasó Juan a verle de camino.
Perico Enreda en tanto

se anticipó a salir. —A jugar, ea.
Hoy me toca ejercicio de pedrea;
más que venga, provisto de antiparras
por la calle y me vea
ese dómine abanto,
gruñidor y estafermo.
Yo sabré libertarme de sus garras.
Dice: y agarra un canto,
mira con precaución a la redonda,
ve una ventana abierta
(era la de la alcoba del enfermo),
lanza por ella el proyectil con honda,
y al inocente Juan a darle acierta
en lo alto de la calva descubierta,
causándole del golpe tal herida,
que por gracia de Dios quedó con vida.
Malas inclinaciones de muchachos,
que el rigor a su tiempo no endereza,
darán el fruto de partir en cachos
al indolente padre la cabeza.

El envidioso

Magnífico manzano
en el corral de un clérigo crecía.
Un vecino, de envidia se moría
viéndole tan fecundo y tan lozano:
él ni manzano ni corral tenía.
Y ya que de otro modo
no supo desfogar su encono fiero,
arrojaba al frutal desde un granero
el desperdicio de su casa todo,
haciendo del corral estercolero.
Bien ensució el ramaje;
mas la lluvia a su tiempo le limpiaba,
la tierra con la broza se abonaba,
y el resultado fue del ruin ultraje
que más fruto y mejor el árbol daba.
Más útil que nociva
es la gente mordaz que tanto abunda,
pues hace con su rabia furibunda
que el íntegro varón más cauto viva,
y más pronto a sus émulos confunda.

La rosa amarilla

Amarilla volvióse
la rosa blanca,
por envidia que tuvo
de la encarnada.
Temán las niñas
convertirse de blancas
en amarillas.

Los cascabeles de oro

Blanca, rubia, lindísima, salada,
risueña, bien hablada
y en mil habilidades eminente
para su corta edad, tal era Rosa;
mas ¡ay! Enteramente
sus raras prendas olvidar hacía
una falta notable que tenía.
Rosita, la discreta, la donosa,
dio en la mañana fatal de ser curiosa.
En acechar pasaba todo el día:
todito, mal o bien, lo averigua,
y en seguida a parientes y lejanos
todo con adiciones lo contaba:
curiosidad y chisme son hermanos.
Y si alguno lo duda, gente seria
le enseñará, tratando la materia
con grande copia de razones altas,
que rarísima vez existe sola
una de aquellas faltas.
Atisbar y contar, allá en el juicio
de muchos y doctísimos varones,

son como en el reptil cabeza y cola:
son dos partes de un cuerpo, dos acciones
unidas con recíproco ejercicio:
dos formas de pecar que tiene un vicio.
—Basta de digresión, que va larguita.
Sigamos con la historia de Rosita.
Era bien infeliz: a cada paso
llenaban a su madre las orejas
de avisos y de quejas
diferentes personas
dignas de hacer de su dictamen caso;
y Rosa castigada,
sin tregua ni descanso padecía
dolorosos ayunos y encerronas,
y siempre se veía
de toda suerte de placer privada,
raramente vestida y mal peinada.
Doña Tomasa, su mamá, se dijo:
Veré, con un ardid, si la corrijo.
No se trate ya más de penitencia.
Tomó la diligencia,
y marchó a vivir en un cortijo.
Como por incidencia,
vino allí de la corte

el médico ordinario de la casa.
Encerrarse con él doña Tomasa,
y atando por dentro el picaporte
por no tener la cerradura llave,
fingieron ventilar un negocio grave.
Rosita, con aquellos aparatos,
ya se supone que se puso alerta:
quitóse los zapatos,
y alzados los talones,
pasito a paso fue como un pilluelo,
y atisbó por debajo de la puerta.
Echada la curiosa por el suelo,
besando los ladrillos,
oyó decir a su mamá: Razones,
indulgencia, rigor, todo se aplica;
pero nada me vale con la chica.
Hay otros defectillos
que se pueden sufrir; pero este, creo
que si no es el más feo,
es el que excita más la antipatía:
nadie quiere vivir con una espía.
—Vamos, señora, vamos
(contestaba el doctor), compadezcamos
a tales infelices,

pues nace el ser curioso
de un órgano facial defectuoso.
—¡Calle! ¿Qué órgano es ese? —Las narices.
Persona con nariz de poco peso
tiene que ser curiosa con exceso.
La curación del mal está en la mano.
¿Es un sujeto de nariz liviano?
Bueno: inmediatamente
se le hace un añadido suficiente
de cualquiera metal, y agur, amigo:
en menos que lo digo,
la persona más terca, la más zafia,
se olvida de espionaje y chismografía.
—¿Está seguro usted? —Y tan seguro
que más no puede ser: la señorita
corre ya por mi cuenta. ¡Pobrecita!
Usted la castigaba; yo la curo...
Y sacaré una moda muy bonita,
que a costa de un pequeño sacrificio,
les hará mucho bien a varias gentes.
—Y ¿cuál es esa moda, don Patricio?
—La de llevar en la nariz pendientes.
Voy a Madrid: me labrará un platero
dos arillos de oro con esmero,

y haré que les agregue por colgantes
un par de cascabeles elegantes,
cuidando que les ponga la bolita
del peso que la niña necesita.
Romper en la nariz los agujeros
es obra de poquísimos instantes:
durante los primeros
duele, pero poquito, casi nada.
Es mortificación por conveniencia;
y Rosa, como niña bien criada,
recibirá la aguja con paciencia.
En estando aviada
con sus bonitos cascabeles de oro,
le juro a usted por Avicena el moro
que no ha de haber por la muchacha riña.
—Corriente: cascabeles a la niña.
Rosita sin estruendo,
pero con miedo atroz, se fue corriendo.
—Es verdad (exclamó), verdad y mucha,
que siempre oye su daño a quien escucha.
¡Vaya que los doctores son crueles!
¡A mí querer abrirme
a hierro la nariz! ¡Yo cascabeles!
Las pinchaduras dolerán de firme;

y luego, para alivio de trabajos,
¿qué papel haré yo con dos colgajos
que nadie gastará? ¿Quién se acomoda
con tan extraña, tan horrible moda?
¿Qué moda? Si eso iguala
a un letrero que diga: Yo soy mala.
Y si voy a Madrid... ¡Virgen del Carmen!
Conmoverá la población entera
el alboroto que arman
los cascabeles de Rosita Vera.
Por no estrenar el afrentoso dije,
pesado a la nariz, molesto al labio,
me corrijo. —En efecto, se corrige,
y tan completamente,
que al regresar el narcisista sabio
trayendo el salutífero presente,
le dijo la mamá, de gozo llena:
Estamos por acá de enhorabuena.
La nariz de Rosita, no sé cómo,
era de pluma, y se volvió de plomo.
Ya no atisba jamás ni picotea,
y está, gracias a Dios, desconocida.
Por eso convendrá que suspendamos
la operación aquella consabida;

pero si hay recaída,
y otra vez repitiera sus deslices,
entonces le plantamos
cascabelitos de oro en las narices.
Cascabeles, cencerros, esquilones
de buque bien capaz y brocal ancho
llevar a la garganta debería
la turba de curiosos embrollones,
traperos de pérdidas expresiones,
que lo revuelven todo con su gancho.
Con el ruido el soplón se anunciaría;
y al llegar a un corrillo, alguien diría:
Quédese aquí la plática pendiente,
porque el buen perillán que nos acecha,
lo parla todo, y al contarlo, miente.
Oye lo que le llega buenamente,
y añade lo demás de su cosecha.

“ Vestiditos de gala,
y de curiosa multitud cercados,
entraban juntos en la rica sala,
donde, al son de trompetas y atabales,
a veces con la joya recibían
otros diversos dones...

Colección
Lima Lee



MUNICIPALIDAD DE

LIMA